

La Muerte de
Patrick O'Connell

ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA

La *Muerte* de
Patrick O'Connelly

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: marzo 2022

© Andrés González-Barba, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-704-0

Depósito legal: SE. 102-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

A modo de aviso	13
Prólogo.....	15

PRIMERA PARTE

Capítulo I	25
Capítulo II.....	29
Capítulo III	33
Capítulo IV	36
Capítulo V.....	40
Capítulo VI	45
Capítulo VII.....	48
Capítulo VIII.....	52
Capítulo IX	59
Capítulo X.....	62
Capítulo XI	68
Capítulo XII.....	73
Capítulo XIII	77
Capítulo XIV.....	85
Capítulo XV	89
Capítulo XVI.....	96

Capítulo XVII	99
Capítulo XVIII.....	102
Capítulo XIX	106
Capítulo XX.....	109
Capítulo XXI	116
Capítulo XXII.....	120
Capítulo XXIII	124
Capítulo XXIV.....	128
Capítulo XXV	131
Capítulo XXVI.....	135

SEGUNDA PARTE

Capítulo XXVII.....	141
Capítulo XXVIII.....	147
Capítulo XXIX	154
Capítulo XXX.....	162
Capítulo XXXI	167
Capítulo XXXII.....	170
Capítulo XXXIII	174
Capítulo XXXIV.....	178
Capítulo XXXV	181
Capítulo XXXVI.....	186
Capítulo XXXVII	189
Capítulo XXXVIII.....	193
Capítulo XXXIX	197
Capítulo XL	200
Capítulo XLI.....	204
Capítulo XLII	209
Capítulo XLIII.....	213
Capítulo XLIV	216
Capítulo XLV	222

Capítulo XLVI.....	226
Capítulo XLVII.....	232
Capítulo XLVIII.....	235
Capítulo XLIX.....	244
Capítulo L.....	249
Capítulo LI.....	254
Capítulo LII.....	257
Capítulo LIII.....	262
Capítulo LIV.....	265

TERCERA PARTE

Capítulo LV.....	271
Capítulo LVI.....	276
Capítulo LVII.....	279
Capítulo LVIII.....	282
Capítulo LIX.....	284
Capítulo LX.....	289
Capítulo LXI.....	292
Capítulo LXII.....	297
Capítulo LXIII.....	301
Capítulo LXIV.....	304
Capítulo LXV.....	307
Capítulo LXVI.....	310
Capítulo LXVII.....	313
Capítulo LXVIII.....	317
Capítulo LXIX.....	319
Capítulo LXX.....	322
Capítulo LXXI.....	325
Capítulo LXXII.....	328
Capítulo LXXIII.....	333
Capítulo LXXIV.....	336

Capítulo LXXV.....	340
Capítulo LXXVI.....	343
Capítulo LXXVII.....	346
Capítulo LXXVIII.....	349
Capítulo LXXIX.....	353
Capítulo LXXX.....	356
Capítulo LXXXI.....	361
Capítulo LXXXII.....	365
Capítulo LXXXIII.....	368
Capítulo LXXXIV.....	371
Capítulo LXXXV.....	374
Capítulo LXXXVI.....	377
Capítulo LXXXVII.....	379
Capítulo LXXXVIII.....	387
A modo de breve epílogo.....	391

*Para Alejandro, por tantas gratas
conversaciones mantenidas sobre
Agatha Christie y por estar ahí siempre.*

*Para todas aquellas mujeres que buscan
un sueño.*

A MODO DE AVISO

QUERIDO LECTOR:

Te ruego que cuando llegues al final de esta historia no lo desvelés para que se mantenga siempre el misterio entre todas las personas que vayan a leer por primera vez el libro.

Muchas gracias de antemano y espero que disfrutes de la novela.

Sinceramente tuyo,
El autor

PRÓLOGO

Jueves, 9 de diciembre a lo largo de la mañana

EL DÍA AMANECIÓ MELANCÓLICO Y CANSADO, CON UN CIELO grisáceo tirando a oscuro. Había estado lloviendo y olía a tierra mojada y tragedia. Agatha se hallaba en su cama cuando, de repente, alguien interrumpió su sueño dando varios golpes en la puerta a una hora más temprana de lo habitual. Al principio sonaron de una forma tenue e intentó seguir durmiendo porque apenas había pegado ojo en toda la noche. Sin embargo, volvieron a llamar con más insistencia y se tuvo que levantar. Cuando abrió, advirtió en el rostro de Rosie Asher una expresión muy distinta a la que la joven había mostrado en días anteriores.

—¿Qué sucede?

—Ha pasado algo terrible, señora Neele. Patrick O'Connelly ha aparecido muerto en su habitación.

—¿Cómo? —dijo con una voz quebrada—. ¡Pero si anoche estuve hablando con él!

—Tiene que creerme. El doctor Stern está allí desde hace más de media hora y también hay otros clientes del hotel.

—Debo vestirme cuanto antes.

—No se preocupe. Luego me pasaré para limpiar el cuarto —dijo la muchacha intentando aguantar el llanto.

La escritora cerró la puerta sin reparar en lo que hacía dado su estado de enajenación. Apenas si podía mantenerse en pie. Sintió cómo le temblaba el cuerpo, por lo que tuvo que sentarse en la cama para no caer al suelo. Parecía imposible que Patrick O'Connelly yaciera inerte, cuando apenas unas horas atrás había sentido el calor de sus labios. El corazón le latía demasiado deprisa. Quizás todo fuese una pesadilla. Trató de levantarse, pero sus piernas le fallaron. Entonces se giró hacia la mesita de noche y contempló el retrato de Rosalind. La niña la observaba con inocencia y su rostro se asemeja- ba al de uno de los protagonistas de *El castillo encantado*. Cuánto hubiera deseado que estuviese allí en esos instantes de angustia. Le habría acariciado sus delicados cabellos mientras le contaba un cuento. Pero para su desgracia la chiquilla se encontraba muy lejos del Swan Hydropathic Hotel.

Después de varios intentos, al fin logró levantarse. Se dirigió al armario y cogió un traje al azar. Era imposible que ese hombre hubiera fallecido. Debía de haber una explicación lógica que diera sentido al caos. A la vez que se ponía el vestido miró los periódicos que tenía sobre la cama. Las noticias de su desaparición la devolvieron a otra realidad mucho más amarga que nunca le hubiera gustado protagoni- zar. Las investigaciones de la policía y de los periodistas seguían avan- zando al tiempo que medio país continuaba conmocionado sin que ella pudiese detener una situación que se había desbordado. Tiró los diarios al suelo y procuró olvidar ese asunto.

Salió de la estancia y se dio cuenta de que había un gran mur- mullo a pocos metros. El coronel Johnston estaba conversando con Robert Carrington y Moses Collins. Parecían muy confusos. Nadie se esperaba que un suceso tan desagradable fuera a enturbiar la paz del hotel. Agatha decidió actuar con recelo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —le preguntó a Carrington.

—No lo sé. Me desperté sobre las siete y media porque noté mucho revuelo. Salí y vi que el doctor Stern había entrado en la ha- bitación de O'Connelly. Creo que la policía está a punto de llegar.

La escritora no deseaba ver a nadie de Scotland Yard, pues temía que le pudieran hacer preguntas excesivamente incómodas.

Tampoco podía huir porque eso levantaría más sospechas si cabe. En ese intervalo de duda, el coronel se le acercó y le sujetó un brazo.

—¿Recuerda que le dije que no se fiara de las apariencias? En estos momentos cualquiera de nosotros podría ser acusado de asesinato. O'Connellly no me inspiró ninguna confianza desde que entró aquí.

—¿Quién querría matarlo?

—Me temo, señora Neele, que los policías no van a parar hasta tratar de resolver este caso.

Agatha volvió a sentirse mareada, pero procuró serenarse para no llamar demasiado la atención. Cuando por fin entró a ver al fallecido, se dio cuenta de que este presentaba síntomas típicos de envenenamiento, lo cual había acelerado su *rigor mortis*. Howard Stern notó que le pasaba algo e intentó calmarla.

—Por favor, hágame caso y márchese antes de que venga la policía.

—Necesitaba entrar para verlo por última vez. ¿Cuál cree que ha podido ser la causa de la muerte? —le preguntó con disimulo.

—No estoy seguro. Confío en que los médicos de Scotland Yard examinen el cadáver a fondo, pero ahora insisto en que se vaya.

—Déjeme quedarme un poco más —le suplicó. No pudo evitar acercarse al hombre que la había cautivado en los últimos días. ¿Cómo olvidar lo que pasó al salir de la biblioteca o cuando ambos se vieron por última vez la noche anterior? Tal vez tendría que haberle ayudado más con Ms Dora. Después de todo, él sólo quería disfrutar de la compañía de la anciana. Si no hubiera estado tan absorbida por Archie, las circunstancias habrían sido muy distintas. Ahora el rostro de aquel pobre diablo estaba desencajado, como si le hubiese faltado el oxígeno para respirar. Además, presentaba una gran inflamación en el cuello e, incluso, le llegó un olor peculiar. Los años de voluntaria como enfermera en Torquay durante la Gran Guerra habían sido, sin duda, la mejor escuela a la hora de saber emplear remedios para curar a un paciente o matarlo, dependiendo de la dosis que se empleara en cada medicamento.

Al cabo de unos segundos apareció el inspector Rutherford, que parecía muy molesto por el hecho de que ella estuviese en la escena del crimen.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí, señora...?

—Me llamo Teresa Neele —le interrumpió—. Quería rezar una última oración por este hombre en señal de respeto —dijo poco convencida del argumento que acababa de emplear.

—Señora Neele —prosiguió el agente arrastrando las sílabas—, no tenemos demasiado tiempo para sentimentalismos, de modo que le agradecería que nos dejara trabajar al doctor y a mí. En todo caso, no se vaya demasiado lejos porque luego quiero hablar con usted, ¿de acuerdo?

Agatha bajó la cabeza y sin contestarle salió de allí como una exhalación. Intuía que su relación con el inspector no iba a ser demasiado buena. ¿Cómo reaccionaría este si supiera que la famosa escritora desaparecida estaba justo delante de él? Aturdida por tantos problemas, fue al jardín a despejarse y a respirar un poco de aire fresco. La imagen de O'Connelly con el cuello hinchado y esa rigidez cadavérica se repetía una y otra vez en su mente. ¿Quién habría querido darle ese final tan cruel?

—Usted tampoco da crédito a lo que ha sucedido, ¿no es cierto? —le dijo Mary Stern, que se hallaba a unos pocos pasos.

—Anoche estuve hablando con el señor O'Connelly y lo noté muy preocupado por Ms Dora. Todavía tenía alguna esperanza de que la anciana lo hubiera reconocido como su nieto.

—No lo creo. Lo que sí está claro es que debía de tener algún enemigo entre estas paredes que ha aprovechado la más mínima ocasión para asesinarlo —dijo la joven con cierta tristeza antes de quedarse callada unos segundos.

—¿Le pasa algo, Mary?

—Bueno —titubeó—, quisiera hablarle de un tema muy delicado. Usted es una de las personas de este hotel en las que más confío.

—Espero no defraudarla.

—Estoy muy preocupada por mi marido.

—¿Por qué? En estos días siempre los he visto disfrutar de su luna de miel.

—Ojalá fuera así, pero desde hace varias semanas he notado un gran cambio en Howard.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Agatha cada vez más intriguada por lo que le estaba relatando la muchacha.

—Hace unos meses, antes de casarnos, iba todo bien y éramos felices, pero luego pasaron varias cosas extrañas y él comenzó a comportarse de forma distinta. Ahora casi no lo reconozco porque siempre está muy serio y taciturno. Lo peor es que no sé cómo ayudarlo.

—Me está hablando de cosas demasiado personales. No soy nadie para meterme en los asuntos de los demás, y menos en medio de un matrimonio.

—Al contrario, señora Neele. Usted me transmite tranquilidad. Tal vez podría hablar con mi esposo para ver si le dice algo. Él también le tiene aprecio.

—Puede que necesite tiempo. Me imagino que su consulta en Londres lo tendrá muy ocupado.

—Howard es muy ambicioso. Quiere ganar la mayor clientela posible, aunque eso le cueste su salud. Por favor, tiene que ayudarme —le rogó.

—De acuerdo, haré lo que pueda, pero no le prometo nada.

Mary no pudo contener las lágrimas y Agatha le puso la mano derecha en su hombro para tratar de consolarla. Desde su salida precipitada de Styles jamás imaginó que iba a tener unas experiencias tan intensas en aquel balneario que *a priori* parecía un remanso de paz.

Pasados unos minutos, entró de nuevo en el edificio y evitó cruzarse con el inspector. Decidió desayunar en el salón antes de afrontar una nueva jornada que prometía iba a ser ajetreada. En una de las mesas estaba Amelia Lancaster, que se encargaba del cuidado Ms Dora. La joven parecía más seria y distante que de costumbre.

—¿Puedo sentarme con usted, Amelia?

—Por supuesto.

—Supongo que también estará en estado de *shock* después de lo que ha pasado.

—Le había cogido aprecio a Patrick O'Connelly. Es curioso que mi señora nunca lo mencionara en el sanatorio, pero eso no quiere decir que este no pudiera ser su nieto.

—El señor O'Connelly me pidió ayuda y ahora me arrepiento de no habérsela dado.

—No sea tan cruel consigo misma. Yo también siento que podría haber hecho más por él.

—¿Y cómo se encuentra Ms Dora?

—No le he dicho aún nada del asesinato. Ahora está durmiendo tras haberle dado varios tranquilizantes. He aprovechado que una de las camareras estaba arreglando la habitación de al lado y que podía avisarme en caso de que hubiera cualquier contratiempo para darme una vuelta.

—Tiene que ser muy duro cuidar de alguien así, especialmente cuando saca su peor carácter.

—Ya se lo puede imaginar; sin embargo, la quiero como a una madre, por eso no deseo que sufra.

—La entiendo perfectamente. Por cierto, ¿qué tal van esas lecturas de Shakespeare?

—¿Shakespeare? —titubeó desconcertada—. No sé por qué me ha hecho una pregunta así. En fin, si me disculpa, voy a subir a ver qué tal está mi señora. No quiero que se despierte y se encuentre sola.

—Claro. Espero verlas a la hora del almuerzo.

Amelia se levantó y se escabulló lo más rápido que pudo. La escritora se quedó pensativa a raíz de la reacción inexplicable de esa mujer. De hecho, dos días antes la había visto entusiasmada mientras leía un ejemplar de *Romeo y Julieta*, por tal motivo no entendía el repentino cambio de actitud en la muchacha.

Una vez hubo acabado el desayuno subió al piso superior. Pasó muy rápido frente al aposento de O'Connelly, pero no pudo evitar ver cómo unos agentes de Scotland Yard se llevaban el cadáver. Rutherford pareció regodearse ante la expresión de horror que

puso Agatha. El doctor Stern iba un par de metros atrás con un gesto circunspecto. Probablemente, nunca habría tenido una experiencia tan amarga.

—A ver si esta noche podemos hablar. Quiero contarle algo muy importante —le dijo antes de marcharse con el resto de la comitiva.

Ese último comentario aumentó el estado de confusión de la escritora debido al cariz que estaban tomando los acontecimientos. Cuando llegó a su cuarto se sintió reconfortada al comprobar que Rosie Asher lo había dejado impoluto. Como la mañana había estado repleta de emociones, optó por no leer el manuscrito de Olivia Cadwell y su viaje en el Orient Express. Tal vez lo dejaría para el día siguiente, dependiendo de las fuerzas que tuviera. Al sentarse en la cama y mover un poco la almohada se dio cuenta de que una pequeña nota cayó al suelo. Su contenido era demoledor y la dejó temblando:

«Sé quién es usted, señora Christie. Márchese cuanto antes del hotel si no quiere que hable con la policía. Queda advertida.»

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Viernes, 3 de diciembre por la mañana

STYLES NUNCA CONOCIÓ UN DÍA TAN TRISTE COMO AQUEL, QUIZÁS porque lo peor no había llegado aún. Agatha estaba desayunando frente a la ventana mientras contemplaba cómo un cielo plomizo era incapaz de descargar la nostalgia que llevaba en su interior. En su mente se agolpaban muchas ideas para su próxima novela, pero no tenía fuerzas para plasmarlas sobre un papel. Era la primera vez que le ocurría algo semejante, de ahí que estuviera desconcertada. Sin duda las tensiones de los últimos meses estaban jugando en su contra, por lo que temía que ese bloqueo fuera a acabar con su fulgurante carrera. Después de los grandes esfuerzos y de las ilusiones depositadas en *El asesinato de Roger Ackroyd*, después de los elogios recibidos por los lectores y por la crítica, tenía la sensación de que esos logros pudieran perderse de forma definitiva. Jamás se había sentido así de vulnerable ante unas circunstancias tan adversas. Tal vez por eso Carlo, su secretaria, no se había atrevido a insistirle ante las numerosas llamadas realizadas por su editor a lo largo de la semana. Para la escritora era prioritario intentar salvar lo que quedaba de su matrimonio.

—Tengo que hablar contigo muy seriamente —dijo Archie a la vez que entraba en la habitación. En su rostro se advertía una

expresión que ella no le había notado antes. Era curioso que quien le estaba haciendo tanto daño todavía conservase el mismo atractivo de siempre, con esa nariz respingona que le daba un aspecto juvenil.

—¿De qué se trata? —le preguntó consciente de que la tormenta estaba a punto de estallar.

—Este fin de semana no voy a ir a Beverly.

—Pero ¿qué estás diciendo? Llevo planificando ese viaje desde hace tiempo. Además, sabes de sobra que Rosalind está deseando que vayamos para allá.

—Siempre estás metiendo a la niña cuando más te interesa, pero ahora las cosas han cambiado. No estoy dispuesto a seguir con esta charada. Esto se tiene que acabar de una vez.

—¿Es que te das ya por vencido?

—Estoy cansado de aparentar lo que no es.

—Tenía que haberme imaginado antes que Nancy estaba detrás de todo. Es mucho más joven y atractiva que yo, pero no ha pasado junto a ti las calamidades de la guerra ni las penurias económicas que tuvimos que soportar durante nuestros primeros años.

—Ella no tiene nada que ver. Si estamos así es por nosotros. Desde hace tiempo siento que las cosas han cambiado y que cada uno necesita seguir su propio camino. Yo tengo mis planes y creo que no entro en los tuyos.

—Te equivocas, Archie. Jamás has dejado de ser alguien muy importante en mi vida.

—No lo sé, cada vez te veo más ocupada en tus libros. ¿Qué pinto yo entre tantos lectores que te idolatran?

—Soy una escritora y es verdad que adoro mi profesión, pero jamás he dejado de amarte por encima de todas las cosas. Sin embargo, tú nunca me has apoyado en mi trabajo porque no crees en lo que hago.

—Estás exagerando más de la cuenta. Pero ahora no es momento para hablar de tu oficio, sino del futuro. Lo he pensado mucho y creo que nuestro matrimonio no va a ninguna parte, por eso te voy a pedir el divorcio.

—¡No puedes hacerme eso! —exclamó ella cada vez más dolida por las reacciones de su esposo—. ¿Qué crees que dirá Rosalind? Es muy pequeña y no soportará algo así.

—Es una chica muy madura para su edad y estoy seguro de que saldrá adelante. No podemos mirar al pasado. Cuando pase el tiempo me darás la razón y verás que hemos hecho lo correcto.

Agatha no podía creer que Archie estuviera diciendo esas cosas con tanta frialdad. Quería dejarla por una joven a la que había conocido jugando al golf y de la que se había enamorado porque era mucho más divertida y respondía mejor a la nueva vida social a la que este aspiraba. De repente se le cruzó un pensamiento: si la actitud de su marido estaba siendo tan ruin, ¿por qué ella no podría jugar sus propias bazas para darle un escarmiento? Tendría que ser algo que lo desestabilizara y que sirviera también para que la escritora recuperase su autoestima tras haber estado subyugada durante tanto tiempo a la voluntad de su cónyuge.

—Si de verdad lo que quieres es irte con Nancy, hazlo, pero piensa que eso tendrá unas consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—No —dijo con cierto sarcasmo—. Creo que un matrimonio no se puede basar en amenazas, sino en la confianza mutua.

Archie intentó rebatir las palabras de su mujer. Se hallaba tan nervioso que se dio cuenta de que no tenía argumentos suficientes para echarle nada en cara. Era él quien había iniciado esa crisis, por eso debería seguir adelante con sus planes, asumiendo toda la responsabilidad.

—Bueno, entonces no tenemos nada más que hablar. Ya sabemos lo que piensa cada uno del otro. Ahora, si me disculpas, debo irme.

Agatha no le contestó. Simplemente se giró y volvió a mirar por la ventana. Una fina lluvia comenzó a caer. Al abrir los cristales notó cómo las gotas humedecían su rostro al mismo tiempo que una ráfaga de aire frío agitaba las ramas de los árboles. La conversación que acababa de mantener con Archie le confirmó que necesitaba recuperar su vida urgentemente. No iba a permitir que nadie pisoteara sus sueños ni sus esperanzas.

—Disculpe, señora. Le traigo su té —dijo una criada con mucho sigilo.

—Déjalo donde puedas. Por cierto, más tarde voy a coger el coche. Dile a William que lo mire por si tiene suficiente combustible.

—No se preocupe. Ahora mismo voy a hablar con él para que lo tenga listo —le susurró antes de marcharse sin apenas hacer ruido.

Por lo menos, se sentía reconfortada porque tanto Carlo como el resto de las personas que estaban bajo su servicio le habían demostrado una fidelidad absoluta. Entonces, decidió hablar con su secretaria para que anulara los planes de viaje a Beverly. De esa forma evitaría tener que hacer una labor que le iba a resultar demasiado desagradable. No en vano, había sido ella quien estaba más ilusionada por poder disfrutar de unos días de asueto con su familia que le pudieran servir para aislarse de los problemas, ya que, aparte de las tensiones conyugales, también se sentía muy presionada por su labor literaria. Y es que, aunque cada vez le gustara más escribir, le costaba un mundo tener que promocionar sus libros y hablar con los periodistas. Así de limitada se consideraba dada su gran timidez. Por si eso no fuera suficiente, su editor no paraba de llamarla, pues su nueva novela saldría publicada en menos de dos meses. Este veía en su protegida muchas posibilidades comerciales porque las historias de crímenes encandilaban a un público ávido por conocer qué había detrás de aquellos asesinatos escabrosos. Ms Christie, como hiciera Dickens en el siglo anterior, sabía darles a los lectores lo que querían, algo a lo cual ayudaba, y mucho, el hecho de haber creado a un personaje tan carismático como Hercule Poirot.

La lluvia continuaba cayendo sobre el jardín con una lenta cadencia, casi igual que los pasos de un cuerpo de bailarinas. Si quería llevar la iniciativa para adelantarse a los movimientos de su pareja, necesitaba contactar lo antes posible con alguien que le prestara una buena ayuda, alguien que le insuflara fuerza suficiente para no desfallecer en ningún momento. Ese ángel de la guarda era su conuñada Nan Watts.

CAPÍTULO II

Viernes, 3 de diciembre por la mañana

DESPUÉS DE LA AMARGA CONVERSACIÓN QUE HABÍA MANTENIDO con Archie, Agatha decidió ir a ver a Nan porque era quien mejor la entendía y podría ayudarla a superar la grave crisis por la que estaba atravesando. Una vez se aseguró de que todo estaba en orden, cogió el Morris Cowley y se dirigió hacia Londres asediada por unos pensamientos destructivos que se clavaban en su mente cual afilados cuchillos. Como tenía la ventanilla abierta, el frío de la mañana golpeaba su rostro de forma insistente, pero no podía dejar de pensar en todo lo que había hablado con su esposo. Según este, su matrimonio no era más que una charada y debía acabarse lo antes posible. La escritora se sentía triste y traicionada, ya que percibía que entre los dos había existido un enorme abismo en los últimos años. Mientras ella no había dejado de volcarse con su marido, pasando por alto sus defectos y su falta de sensibilidad y de respeto, Archie no había aportado casi nada positivo a una relación que llevaba mucho tiempo estancada y que se hallaba en un punto sin retorno. Si al menos se hubiese dado cuenta antes de sus infidelidades, no estaría sufriendo tanto. Y, para colmo de males, le había abierto las puertas de Styles a Nancy, que siempre había aparentado ser una joven cándida, pero que en verdad sabía perfectamente lo

que estaba haciendo. Ese entusiasmo y complicidad que la señorita Neele le había mostrado meses atrás no era más que una espesa cortina de humo.

Tan atormentada se encontraba por esos espectros que estuvo a punto de chocarse con otro vehículo con el que se cruzó. Intentó disculparse con el conductor; sin embargo, ese hombre no tuvo piedad y le soltó una serie de insultos a cada cual más duro, algo que la hizo llorar. Pensó en pararse un instante en la carretera, pero al final decidió continuar porque necesitaba ver cuanto antes a Nan.

Aunque el trayecto se le hizo más pesado que nunca, logró llegar como pudo al 78 de Chelsea Park Gardens. Tras aparcar su coche, miró hacia el firmamento y observó que el sol brillaba sereno entre varias nubes.

Nada más llamar al timbre, su concuñada le abrió la puerta y se dio cuenta de que algo muy grave le sucedía.

—Tenía que haber hablado contigo hace tiempo —dijo Agatha sin poder articular apenas las palabras.

—Anda, pasa y ya me cuentas lo que quieras —le contestó tratando de disimular su preocupación al ver ese rostro sombrío.

Las dos se sentaron en un pequeño salón y estuvieron unos segundos en silencio hasta que Nan volvió a hablar.

—Se trata de Archie, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo has sabido?

—No hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que vuestro matrimonio es un desastre desde hace meses. Si sigues con ese hombre, te va a buscar la ruina. Creo que necesitas eliminarlo de tu vida lo antes posible.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo aún le quiero y estoy dispuesta a luchar lo que haga falta para seguir junto a él.

—Entonces, ¿por qué has venido hasta aquí si no es para buscar ayuda? Nos conocemos desde hace años y sé perfectamente lo que te pasa. En este momento piensas que, si te separas de él, tu vida se hundirá y que nada tendrá sentido, pero el tiempo lo cura todo. Mírame a mí. Yo creía que Hugo era el ser más maravilloso del mundo y que iba a estar junto a él el resto de mi vida, pero las cosas se

torcieron por desgracia. Luego conocí a George y todo ha sido distinto. Es más, tendría que haber dado ese paso antes. Por eso tienes que luchar por tu libertad.

—¿Y Rosalind? ¿Crees que merece que sus padres se separen? Nunca será feliz.

—Te equivocas, querida. La niña es muy inteligente y lo que no se merece es que siempre estéis discutiendo. A la larga agradecerá que os divorciéis.

No tuvo más remedio que darle la razón a Nan, que estaba mucho más experimentada en la vida que ella. En los últimos tiempos se había ocupado tanto en crear historias que ahora se sentía vacía por dentro. Tal vez fuera la ocasión idónea para comenzar a mirar hacia delante y buscar así el cambio definitivo.

—Estoy muy confundida y temo que me equivoque si no hago las cosas bien.

—Si no confías en ti misma, estarás perdida. Ahora lo más importante eres tú, por eso pienso que debes darle un escarmiento a tu esposo.

—¿Un escarmiento? Nunca he sido rencorosa.

—Vamos, Agatha, no seas tan ingenua. Las dos sabemos que Archie necesita una lección y que no hay nadie mejor que tú para dársela. Si él ha estado jugando contigo y se ha encaprichado de Nancy, ¿por qué no vas a poder hacer algo que le sirva para darse cuenta de todo lo que está perdiendo?

—¿Y qué quieres que haga?

—Parece mentira que no se te ocurra nada interesante con la enorme imaginación que tienes. Cuando terminemos de hablar, vas a regresar a Styles como si no nos hubiéramos visto. No puedes levantar ninguna sospecha. Por la noche es cuando tendrás que asesnar el golpe definitivo, ya que conducirás como una hora hasta que pares en un punto concreto. En Newlands Corner hay una buena explanada. ¿Conoces bien esa zona?

—Bueno, he pasado por ahí a menudo.

—En ese lugar dejarás el coche con varias cosas dentro, como un abrigo o una maleta. Ah, y no olvides que las luces deben quedar

se encendidas. Tiene que parecer como si te hubieras detenido por una extraña razón.

—La policía se dará cuenta de que todo ha sido un plan trazado por mí.

—No si alegas que sufriste una pérdida temporal de memoria como consecuencia de las tensiones que has sufrido en los últimos meses.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto que sí. Luego, cuando te deshagas del Morris Cowley, cogerás un tren y vendrás aquí antes de que amanezca. Lo último será planear en dónde te quedarás los próximos días.

—No sé, Nan. Si acabo haciendo algo así y desaparezco por las buenas, toda la policía me buscará, y no te digo nada de los periodistas.

—¿Dónde está esa autora que me sorprendió hace años cuando nos conocimos?

—Me da miedo dar ese paso.

—No tengas miedo. Nadie va a vivir la vida por ti. Además, todo lo que dejes de hacer será un motivo para que te arrepientas en el futuro.

—Está bien, creo que te haré caso —dijo Agatha cada vez más convencida de que Nan tenía razón.

—Pues, si es así, esta misma noche comenzarás el plan, pero recuerda que has de ser valiente y no volverte atrás.

—Descuida, que no me voy a arrepentir. Llevo mucho tiempo pensando en cómo salir de este atolladero y tú me estás haciendo ver la luz.

—No se hable más. Vuelve a casa e intenta descansar un poco.

La escritora le dio un abrazo y se marchó con la idea de llevar a cabo aquel plan.

CAPÍTULO III

Viernes, 3 de diciembre al mediodía y a media tarde

ROSALIND REGRESÓ DEL COLEGIO Y ALMORZÓ JUNTO A SU MADRE, pero sin que estuviera Archie, que se había marchado horas atrás con Nancy. La niña estuvo más silenciosa de lo habitual porque no terminaba de entender la ausencia de su progenitor. En los últimos meses, Agatha había comprobado que existía una sintonía muy especial entre su hija y su marido. De hecho, a la muchacha no le gustaba que le leyeran cuentos de hadas, algo que a ella sí le había apasionado durante su infancia. En el fondo, la pequeña era una persona práctica y poco soñadora, al igual que su padre. De ahí que conectara con este más de lo que a la escritora le hubiese gustado. Aun así, no deseaba que la crisis de su matrimonio afectara también al bienestar de la chiquilla. Quería protegerla para que no sufriera y estaba dispuesta a lo que hiciera falta con tal de que fuese feliz. Más tarde, si al final ambos decidían divorciarse, Rosalind tendría que asumir la nueva situación. En el caso de Agatha, la relación entre Fred y Clarissa había sido bien distinta, pues jamás notó ningún atisbo serio de tensión entre sus progenitores. Eso llegó a forjar en ella un carácter especial que ahora quería transmitirle a la chica.

—¿Por qué no está papi con nosotras?

—Está muy atareado con su trabajo, pero no te preocupes porque lo vas a ver pronto.

—Ojalá no tarde. Tengo que contarle muchas cosas.

—Puedes decirme a mí también lo que quieras.

—No, mami. Tú estás muy ocupada con tus libros y no quiero molestarte.

—No hay ningún libro ni nada que sea tan importante como tú y papá. ¿Lo entiendes? Nunca te voy a dejar sola —le dijo mientras la abrazaba.

La hija miró de nuevo a su madre y le regaló una sonrisa melancólica. Agatha estaba muy preocupada por ella, ya que desde hacía semanas la veía más triste que de costumbre. Tampoco sabía cómo reaccionaría en caso de que se confirmara definitivamente la separación. Eran tantas las cosas que le producían desasosiego que pensaba que no iba a ser capaz de afrontar aquel trance.

Una vez terminaron de comer, cogió el coche y se fue con Rosalind a visitar a su suegra. Aunque su mundo se estuviese derrumbando, quería demostrarse a sí misma que podía seguir llevando una vida normal, o al menos esa era su intención. La anciana recibió a su nuera y a su nieta con un gesto impasible típico en ella. Le extrañó que no hubiese venido su hijo, pero no quiso hacer ningún comentario al respecto. A la vez que tomaban el té y unas pastas, la escritora se mostró lo más jovial que pudo e, incluso, jugó con la pequeña en varias ocasiones para guardar las apariencias. Nadie tenía por qué sufrir las consecuencias de su deriva conyugal. Mientras, su suegra intentó disimular pese a que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¿Quieres tomar más té, querida?

—Muchas gracias.

—Hay que ver lo mayor que está Rosalind. Parece increíble que hace poco fuera un bebé y fíjate ya cómo ha crecido. Ahora se parece más a ti que a Archie. Por cierto, ¿por qué no ha venido? —le preguntó Peg con un aire de curiosidad no exento de cierta carga maliciosa.

—Últimamente no para de trabajar.

—No creo que eso sea demasiado bueno para un matrimonio. Encima tú estás cada vez más centrada en tus libros. Si sigues así, no vas a tener tiempo para nada.

Agatha se incomodó ante el cariz que había adoptado la conversación. En esos instantes no le apetecía darle explicaciones a esa mujer, y más teniendo en cuenta que se hallaba muy afectada desde el punto de vista emocional. Estaba esforzándose tanto en sus obras literarias que no iba a permitir que nadie se entrometiera en sus sueños. A pesar de lo cual, era consciente de que todo tenía un precio, pues sentía que había abandonado a su madre en sus últimos meses de vida, no pudiendo estar junto a ella el día de su muerte.

—Todo lo que atañe a mis libros es únicamente asunto mío, Peg.

—Perdóname. No quería molestarte —se disculpó la vieja al mismo tiempo que se dio cuenta de que su nuera no llevaba puesto el anillo de bodas, sólo el de compromiso. De repente, a la escritora le entró una risa histérica y le dio un cabezazo a su hija. La chiquilla protestó, pero su abuela no quiso intervenir porque no quería entrometerse entre ellas. La madre de Archie advirtió que Agatha parecía demasiado deprimida—. ¿Te encuentras bien? Quizás deberíais quedaros unos minutos más.

—Se lo agradezco, pero no podemos irnos demasiado tarde.

—Es normal, querida. Además, no me gusta que conduzcas a oscuras. ¿Por qué no me llamas cuando lleguéis a casa?

—Descuide, que así lo haré.

La niña le dio un fuerte abrazo a su abuela y la escritora besó a Peg de forma distante. Su mente se encontraba demasiado lejos de ese lugar porque no paraba de darle vueltas a lo que iba a hacer unas horas después. Cuando se montaron en el Morris Cowley y se marcharon, la anciana se quedó muy preocupada. Jamás había visto en ese estado de nervios a su nuera. Y lo peor estaba aún por venir.

CAPÍTULO IV

Viernes, 3 de diciembre a media tarde

AGATHA EMPEORÓ TRAS HABER TOMADO EL TÉ EN CASA DE SU suegra. A medida que avanzaban los minutos se sintió mucho más nerviosa, pues sabía que iba a dar un gran salto hacia el abismo y que ya no habría vuelta atrás posible. Como no paraba de moverse por el salón, decidió escribir dos cartas, una para Archie y la otra para Carlo. A su marido le reprochó el daño que le estaba haciendo. Mientras a ella le embargaba la tristeza, este estaría disfrutando del fin de semana junto a Nancy Neele, la persona que había irrumpido de un modo violento en sus vidas y que estaba llamada a ser la futura dueña del corazón de su esposo. Un poco más tarde, sobre las 18.00 horas, telefoneó a su secretaria y le dio instrucciones para que aprovechara su media jornada de permiso y regresara a Styles en el último tren que hubiera.

—¿No quiere que vuelva antes? —le insistió Carlo muy extrañada por esa decisión.

—No hace falta —contestó la escritora con el tono de voz más neutro posible para disimular la tormenta que se estaba desencadenando en sus entrañas.

Después de terminar de redactar las misivas, cerró con mucho cuidado los sobres y miró de nuevo por la ventana. El viento no pa-

raba de agitar con furia los árboles. Aunque la tarde se mostrara tan desapacible, estaba dispuesta a coger su automóvil. En su interior sentía grandes ansias por salir a la carretera para aplacar todos los pensamientos que desde hacía tiempo martilleaban su cerebro.

—¿Necesita usted algo? —le preguntó una criada muy preocupada ante el comportamiento anormal que estaba teniendo su señora.

—Ahora mismo no, muchas gracias. Puedes seguir con tus tareas.

A la vez que el vendaval seguía revolviéndose con violencia, recordó aquellas tardes de Torquay cuando iba a patinar con un grupo de amigas. Siempre se había considerado muy intrépida y le gustaba recorrer el paseo marítimo bajo la mecida de las olas. Había personas que pasaban a su alrededor y las miraban extrañadas. «¿Cómo pueden hacer algo así unas señoritas? Esta juventud ya no tiene principios», se decían, pero ella disfrutaba cuando las ruedas se deslizaban suavemente por el pavimento. A su madre no le hacía especial ilusión que su hija menor estuviera exhibiéndose delante de la gente. Sin embargo, Agatha necesitaba moverse de un lugar a otro sin un rumbo fijo al que ir. Si siempre había disfrutado leyendo las aventuras de los personajes de los cuentos y las novelas, ¿por qué no iba a vivir sus propias peripecias cuando se encontraba en la plenitud de la vida? Ojalá hubiese estado vivo su padre en esa época para haberlo podido abrazar una vez más al tiempo que recibía los sabios consejos de un hombre que tenía una relación muy especial con su pequeña.

Volvió a mirar por la ventana y comprobó que la espesura de la noche se había adueñado del firmamento de forma incierta y cruel. Rosalind se acercó con su rostro inocente para ver cómo se encontraba. Su madre no empleó ninguna palabra, simplemente la besó como si no la hubiera visto en mucho tiempo. A tenor del comportamiento que mostraba su progenitora, la niña intuyó que ese no era un día igual a los demás.

—¿Por qué no ha vuelto papá todavía? Siempre juega conmigo los viernes por la tarde.

—No pasa nada, cariño. Ya sabes que tiene muchísimas ocupaciones. Pronto jugarás con él el tiempo que quieras.

Mientras hablaba con la pequeña, el alma se le deshacía a jirones. No le gustaba mentirle a Rosalind, pero se veía sin fuerzas suficientes como para revelarle que sus padres estaban atravesando una gran crisis y que el futuro de la familia era muy incierto. Pese a todo, la muchacha pareció intuir lo que estaba ocurriendo y le contestó algo que nunca olvidaría:

—Eres tú la que estás mal con papá, no yo.

—¿Cómo?

—Quiero que vuelva ahora mismo.

—Con esa actitud no vas a conseguir nada. Ya te he dicho que está muy atareado, tienes que creerme —dijo su madre cada vez más consciente de que la situación se le estaba yendo de las manos.

En esos instantes de angustia recordó cuando meses atrás comenzó a cosechar un gran éxito con *El asesinato de Roger Ackroyd*. Cuantos más libros vendía y más comentarios positivos recibía de los lectores y de los críticos, más se distanciaba de Archie. De hecho, quiso viajar a la localidad italiana de Alassio para celebrar el cumpleaños de Rosalind, que era el 5 de agosto. Tenía tanta ilusión que le encargó a su marido que se ocupara de hacer las reservas, pero este no se esforzó en preparar el viaje. Muy al contrario, le reveló a la escritora que había estado viendo muchas veces a Nancy y que sentía una gran necesidad de estar junto a ella porque se había enamorado de la joven. Tras recibir esa confesión, las cosas ya nunca fueron igual. El mismo individuo al que ella había colocado en lo más alto de un pedestal demostró ser finalmente «el hombre de la pistola», un ser que solía presentarse en sus pesadillas cuando era pequeña. A partir de ese momento, Agatha se propuso un único objetivo: recuperar su matrimonio. Sin embargo, cuatro meses después, las cosas habían empeorado de tal modo que las perspectivas no eran nada halagüeñas. A pesar de que lo había intentado todo para seguir adelante con su esposo, comprendió que Rosalind no merecía sufrir tantas discusiones entre sus progenitores. Además, la poderosa presencia de Nancy en sus

vidas provocaba que tres personas fueran una multitud en aquella relación.

—¿Puedo irme a jugar, mamá?

—Claro que sí, pero quiero que cenes pronto para que no te acuestes demasiado tarde, ¿de acuerdo?

La chiquilla respondió con una de esas sonrisas pícaras que le solía poner y se marchó de la estancia. En cierto modo, su hija necesitaba también evadirse de un ambiente cada vez más negativo. Al quedarse sola, la escritora miró el reloj que estaba en una de las paredes del salón y pensó que el tiempo se había detenido de una forma inmisericorde. Parecía como si la aguja le estuviera arañando sus entrañas a cada segundo que pasaba. Estaba claro que debía actuar lo antes posible. Entonces, el Morris Cowley se dibujó en su mente y pensó que el coche sería su única vía de escape hacia la salvación. Tenía decidido que, en cuanto la niña se durmiera, cogería el vehículo y emprendería un viaje hacia lo desconocido.